

La masacre de la carretera

Jordi Martí



Capítulo 1

Ocho de la mañana. Cojo el autobús al trabajo como todas las mañanas en la parada que hay al lado de mi apartamento.

Un apartamento alquilado de veinte metros cuadrados. Una cocina estrecha pero bien equipada con una lavadora, un fregadero y una nevera antigua que casi comenzaba a no conservar correctamente la comida de su interior.

En la marquesina esperaban las mismas tres personas de siempre. Una señora de mediana edad, rondando más los sesenta que los cincuenta años, vestida con una gabardina marrón de una tela áspera y un sombrero más oscuro. Gafas de pasta negra con los cristales amarillentos por el paso de los años.

Una chica joven, rubia y con las cuencas de los ojos metidas hacia dentro. Labios hidratados con un cacao de un color rosa palo que los hacía más brillantes.

Y por último, mi vecina, un chico que tuvo que dejar la casa de sus padres porque tuvo un hijo con una chica que no era de la devoción de sus progenitores, por lo que tuvo que abandonar su hogar para ir a vivir con pareja y su bebé a un pequeño piso con goteras y moho en las paredes.

Al cabo de cinco minutos esperando al autobús con aquel viento gélido de invierno, con las manos metidas en la cazadora, el gorro cubriéndome las orejas y la bufanda tapándome el cuello y la boca, al fin llegó. Subí los tres escalones que me separaban del conductor, validé mi viaje con la tarjeta de transporte y me dirigí a la parte final del coche. Estaba prácticamente vacío ya que era la segunda parada de la ruta de esta línea. Me senté al lado del ventanal izquierdo, con una pareja de adolescentes que iban al colegio dos asientos por delante.

El trayecto transcurría como siempre, con la gente subiéndose parada sí y parada también. El autobús se iba llenando poco a poco hasta que a mitad del recorrido ya se había llenado e íbamos como sardinas en lata.

Salimos hacia la autopista que nos llevaría a Madrid. No íbamos a una velocidad considerablemente alta, por lo que nadie se habría podido esperar lo que pasó.

Cuando nos incorporamos al carril de la autopista desde la entrada de la derecha, el tráfico no estaba muy concurrido. El conductor miró concienzudamente por el retrovisor del autobús y cuando vio que no venía nadie puso la primera marcha y aceleró, cambió a segunda para alcanzar mayor velocidad y no hacer frenar al BMW X6 que se estaba aproximando

por detrás.

Todo salió bien, al menos hasta que el autobús comenzó a ir de un lado para otro. La señora mayor del sombrero, sentada en la primera fila del vehículo, miró al conductor, se llevó las manos a la cabeza y gritó:

- ¡Está inconsciente!

El pánico sembró el autobús. La gente se levantaba de sus asientos sin saber muy bien que hacer, intentando mantenerse en equilibrio para no caerse con las idas y venidas del coche. Yo estaba sentado en uno de los últimos sitios que había, por lo que me encontraba arrinconado entre la cristalera de atrás y la que tenía a mi izquierda.

De repente el autobús siente una serie de bruscas embestidas. La primera por parte del BMW, al cual no le dio tiempo a reaccionar y que chocó con el lado derecho del autobús.

Mi cabeza chocó con el asiento de delante, haciéndome una brecha en la frente. Pude oír cómo se rompía la cristalera de la derecha, y como si la vida comenzara a ir a cámara lenta, levanté la vista, y vi cómo los pequeños (y no tan pequeños) fragmentos de cristal volaban por el autobús como si fueran balas de cañón. Uno de los fragmentos más grandes rebanó la cabeza al chico de la pareja de adolescentes, dejando un cuerpo inerte sin cabeza y borboteando sangre que cayó en el regazo de su novia; la cual gritaba con una mezcla de miedo y tristeza en su semblante.

Muchas personas tenían la cara sangrando por la colisión de las balas de cristal contra sus caras. Una persona sangraba por el ojo izquierdo, y se veía el fragmento de cristalera clavado y sobresaliendo por la córnea de aquel señor trajeado.

Cuando aún no nos había dado tiempo a asimilar el primer golpe, otro choque con un autobús que llegaba por el otro carril. Esta vez colisionó por el lado en el que yo estaba. Como estaba al final del vehículo lo único que me provocó esta colisión fue dolor en la cabeza por el golpe que sufrí contra el asiento nuevamente, el cristal que me cortó la ceja y las numerosas heridas superficiales con las que salí del accidente.

La chica que había sentada unos puestos delante dio con su cabeza en una silla rota, haciendo que una parte del respaldo, más afilada y puntiaguda que el resto, le atravesara la cabeza y se quedara estacada allí, con los ojos inyectados en sangre, mirando a la nada, y llorando lágrimas rojas.

Parecía que todo se había acabado cuando nos dieron un golpe por detrás, el último según dicen. Este golpe me dejó inconsciente, pero mató al

conductor, el cual atravesó la luna del autobús y salió disparado unos cinco metros, cayendo al asfalto, rasgándose la cara y siendo arrollado por el vehículo aún en marcha.

Me encuentro en el hospital, en una habitación blanca, con cama y sábanas blancas. Me han sometido a una operación por lo que puedo intuir a partir de mi gran cicatriz en la zona de la pelvis. Todo parece ir bien, excepto por una cosa.

No siento las piernas. Los médicos me han dicho que nunca más podré volver a andar.